

ARGENTINOS
CONTEMPORÁNEOS

ALDEA
LITERARIA

La isla de las mil vidas

FRANCO VACCARINI



**ALDEA
LITERARIA**

La isla
de las mil vidas
FRANCO VACCARINI

Editora de la colección: Karina Echevarría

Corrector: Mariano Sanz

Coordinadora de Arte: Valeria Bisutti

Diagramación: Azul De Fazio

Imagen de tapa: Thinkstock

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

**ALDEA
LITERARIA**

Vaccarini, Franco

La isla de las mil vidas . - 2a ed. - Boulogne : Cántaro, 2014.

120 p. ; 20x14 cm. - (Aldea literaria)

ISBN 978-950-753-402-7

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título

CDD A863

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2012

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-402-7

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

La isla de las mil vidas

FRANCO VACCARINI



capítulo 1
El premio

Cuando gané el concurso “Conozca la isla que nadie conoce”, organizado por Río Encantado S.A., no pude menos que saltar como un macaco junto a Rosalyn, mi compañera. ¡Al fin una nos salía bien! Veníamos de tiempos muy duros, de privaciones y de jaleos entre nosotros. Estábamos hartos de recordarnos, día por medio, todos nuestros defectos. Por entonces hacía un esfuerzo consciente para olvidarme de las ofensas que me propinaba Rosalyn en cada discusión. Las peleas estaban regidas por lo que me gustaba llamar la Ley de Tres.

Para ella, yo era inmaduro, egoísta y no sabía escuchar.

Para mí, ella era caprichosa, hipersensible y carecía de autocrítica.

Pasado el fulgor del enamoramiento, nos enfrentamos a la verdad de que éramos imperfectos. Al amigo se le perdona y hasta se lo quiere más por sus debilidades. Al amor de la vida, no le perdonamos una. Lo queremos perfecto, vaya uno a saber por qué.

—Querés que sea perfecto. No puedo —le decía a Rosalyn cuando me exigía que despertara antes del mediodía.

Por entonces me acostaba tarde para leer y escribir mis relatos. Una o dos noches por semana las dedicaba a preparar informes para un semanario. Me pedían que entrevistara gente de la calle para consultarle sobre diversos

temas: religión, fútbol, política. Una pregunta modelo era: ¿qué piensa usted de lo que dijo fulano? o ¿quién fue el mejor futbolista de la historia?

Yo no me movía de casa: inventaba todo. En el semanario estaban contentos por el color y la variedad de las respuestas de la gente; era mi único ingreso, paupérrimo, aunque estable.

Soñar, desinteresarme por el mundo del trabajo y la superación personal eran columnas en la estructura de mi forma de ser. No tenía otro vicio que la paciencia y el ocio. Antes de escribir un cuento, necesitaba ese ocio como del agua. La paciencia era todo: yo sabía que la vida me daría una oportunidad para demostrar mi talento.

Rosalyn era bien formada y pelirroja: tenía unas pecas hermosas, y ojos como faros, verdes, inmensamente verdes. Solía reír todo el día y emocionarse por los progresos en el jardín de nuestro patio. Sus plantas eran sus mascotas: cuando arruiné una azalea de un pisotón, tuve que pasar la noche en un bar. Al regresar, con otra azalea, robada de un jardín de Villa Ortúzar como si fuera un desenterrador de cadáveres, ella me perdonó a medias y fue como estar en un campo minado: cada paso, cada palabra podía provocar una detonación, así que reforcé mis gestos con un poema dedicado de mi autoría:

*Y tu voz
que acalla toda palabra
y esfuma la niebla.
Madura mi alma verde con tu voz.
Y mi voz
voz de la última noche de la noche
voz de pájaro
que vuelve a tus pies.*

Es muy difícil relacionarse con otra persona; con Rosalyn es mucho, muchísimo más difícil. Más espinoso es estar juntos todo el día y como yo no

tenía ninguna ocupación además de escribir y proyectar mis futuros posibles o imposibles tirado en el sillón, la convivencia era continua; nunca nos dábamos un respiro, salvo las salidas de Rosalyn al club del Trébol. Allí aprendía sobre germinaciones, semillas híbridas, erradicación de pestes, herbicidas. El club tenía un local donde se vendían plantas, macetas y abonos, y ella lo atendía por las tardes, tres veces a la semana, lo que le generaba un ingreso modesto que administraba con astucia.

Me gustaba escribirle poemas en aquellos tiempos. Se los regalaba y ella, luego de leerlos, los perdía. Al menos yo nunca los volvía a ver.

Éramos felices, solo nos faltaba un poco más de dinero.

Además de lo que cobraba por los informes, vivíamos de una mensualidad que me pasaba mi abuela Emilia. Abuela vivía en el pueblo de El Triunfo, trescientos kilómetros al oeste de la gran capital, y yo era su único nieto sin oficio visible y el menor de todos, además de haber heredado su nombre: me pasaba un cuarto de su jubilación, que solía alcanzarme para vivir la primera semana del mes. Mis ingresos periódicos ayudaban para otra semana y el resto venía por cuenta de Rosalyn. Cuando estábamos casi ahorcados, Rosalyn siempre sacaba algún dinero de una caja roja que yo tenía prohibido abrir. Esa cajita era su fetiche, su reservorio, la cuota de intimidad que me ocultaba.

En una salida al supermercado, en cuanto dejé atrás la línea de cajas, puse mis datos en un concurso. “Conozca la isla que nadie conoce”. El folleto me lo entregó una mujer muy alta, con sombrero y anteojos oscuros y una sonrisa de labios rojos. No pude distinguir si era bella, sí su acento extranjero, que me sonaba caribeño. Parecía algo disfrazada, como esas poetas que se ponen, sin ser calvas, sombreros para las fotos en las solapas de sus poemarios. El premio eran dos pasajes con pensión completa a la isla Carbono. De inmediato, tuve imágenes del paraíso en la tierra. Me vi con Rosalyn caminando en una playa desierta, con sombreros de paja, a los saltos sobre el tronco de una palmera inclinada.